ayudaba, tropezaba con sus manos en medio de los picadillos, se inclinaba por cima de su hombro para echar un vistazo a las marmitas. Y, como antes, solamente el gran fuego de la cocina era lo que les inflamaba la sangre bajo la piel.

Entretanto, Lisa, era una mujer inteligente que había comprendido al punto la tontería de dejar dormir sus noventa y cinco mil francos en el cajón de la cómoda. Quénu los hubiera vuelto a poner de buena gana en el fondo del salador, a la espera de haber ganado otro tanto; entonces se hubieran retirado a Suresnes, un rincón de la barrera que les agradaba mucho. Pero ella tenía otras ambiciones. La calle Pirouette ofendía a sus ideas de limpieza, su necesidad de aire, de luz, de salud robusta. La tienda en que, sueldo a sueldo, había amontonando su tesoro el tío Gradelle, era una especie de intestino negro, una de esas salchicherías dudosas de los viejos barrios, cuyas desgastadas losas conservan el penetrante olor de las carnes, a pesar de los fregados; y la joven soñaba una de esas claras tiendas modernas, de una riqueza de salón que reflejara la nitidez de sus espejos en la acera de una calle ancha. Por otra parte, no era que sintiese el deseo mezquino de echárselas de señora detrás de un mostrador; tenía conciencia muy clara de las lujosas necesidades del nuevo comercio. Quénu se quedó asustado, la primera vez, cuando Lisa le habló de mudarse y de gastar parte de su dinero en decorar una tienda. Ella se encogia suavemente de hombros, sonriendo.

Un día, al cerrar la noche, y cuando la salchichería estaba negra, los dos esposos oyeron, delante de la puerta, a una mujer del barrio que decía a otra: —No, no compro más en su casa; no les tomaría un pedazo de chorizo, amiga mía... En su cocina tuvieron un muerto...

Quénu lloró. Aquella historia del muerto en su cocina ganaba terreno. Quénu acababa por sonrojarse ante los parroquianos, cuando les veia olfatear demasiado de cerca su mercancía. El fué el que volvió a hablar a su mujer de su idea de mudarse. Ella, sin decir palabra, había comenzado a dar pasos para la nueva tienda; había hallado allí al ladito, en la calle de Rabuteau, maravillosamente situado. Los Mercados centrales, que se abrían enfrente, triplicarían la clientela y harían que la casa fuera conocida en los cuatro extremos de París.

Quénu se dejó arrastrar a locos gastos; empleó más de treinta mil francos en mármoles, en espejos, en dorados. Lisa pasaba horas enteras con los obreros, dando su parecer sobre los menores detalles. Cuando, por fin, pudo instalarse en su mostrador, la gente fué en procesión a comprar a su casa, sólo por ver la tienda. El revestimiento de las paredes era todo de mármol blanco; en el techo, un inmenso espejo cuadrado se encuadraba en un gran marco de estuco, dorado y adornadisimo, dejando colgar, en el centro, una lámpara de cuatro brazos; y detrás del mostrador, ocupando todo el testero, y también a la izquierda y en el fondo, otros espejos, sujetos en las planchas de mármol, ponían lagos de claridad, puertas que parecían abrirse a otras salas, hasta lo infinito, llenas todas de carnes colgadas. A la derecha, el mostrador, muy grande, pareció, sobre todo, a la gente un hermoso trabajo; losanges de mármol rosa dibujaban medallones simétricos. En el suelo había, como losas, cuadros blancos y rosados alternando, y con una greca de rojo obscuro por cenefa. El barrio se sintió orgulloso de su salchichería, y nadie pensó más en hablar de la cocina de la calle Pirouette, en donde había habido un muerto. Por espacio de un mes, las vecinas se detuvieron sobre la acera para contemplar a Lisa al través de las salchichas y redaños del escaparate. Quedábanse maravilladas de su carne rosada y blanca, tanto como de los mármoles. Lisa parecía el alma, la claridad viviente, el ídolo sano y sólido de la salchichería; y en adelante no la llamaron más que la bella Lisa.

A la derecha de la tienda estaba la sala comedor, una habitación limpísima, con aparador, mesa y sillas enrejilladas de encina clara. La estera que cubria el piso, el papel amarillo claro, el hule imitando encina, la hacían un poco fría, alegrada solamente por los colgantes de una lámpara de suspensión de cobre que caía del techo, ensanchando, encima de la mesa, su gran pantalla de porcelana transparente. Una puerta del comedor daba a la amplia cocina cuadrada. Y al extremo de ésta había un patinillo enlosado, que servía de desván, lleno de barreños, de toneles, de utensilios fuera de uso; a la izquierda de la fuente, los tiestos de flores marchitas del escaparate acababan de agonizar, a lo largo de la artajea en que tiraban las aguas grasas.

Los negocios fueron excelentes. Quénu, a quien los adelantos habían asustado, experimentaba casi respeto hacia su mujer, que, según él, "era una gran cabeza". Al cabo de cinco años, tenían muy cerca de ochenta mil francos colocados en buenas rentas. Lisa explicaba que no eran ambiciosos, que no se empeñaban en hacer dinero demasiado pronto; a no ser por esto, hubiera hecho ganar a su marido "miles y miles".

impulsándole al comercio en grande con los cerdos. Eran jóvenes aún, y tenían mucho tiempo por delante; además, no les gustaba el trabajo hecho de prisa y corriendo, y querían trabajar a su gusto, sin que los desvelos les enflaquecieran, como buenas gentes a quienes gusta vivir.

-Miren ustedes-añadía Lisa en sus momentos de expansión.—Yo tengo un primo en Paris... No le veo nunca, porque las familias están peleadas. El ha tomado el nombre de Saccard, para hacer que se olviden ciertas cosas... Pues bien, ese primo, según me han dicho, gana millones. Pero no vive, se repudre la sangre y siempre anda por vericuetos, en medio de tráficos de infierno. Es imposible, ¿verdad? que se coma tranquilamente la cena por la noche. Nosotros, por lo menos, sabemos muy bien lo que comemos, y no tenemos nadie ni nada que nos atosigue. No se debe querer el dinero sino porque es necesario para vivir. Como es natural, el bienestar agrada. Pero eso de ganar por ganar, dándose más molestias que placer ha de gozarse después... No, a fe mia, preferiria cruzarme de brazos... Y además, quisiera yo ver los millones de mi primo. Yo no creo en millones así. El otro día le vi pasar en coche; estaba palidisimo, y tenía aspecto de solapado. Un hombre que gana dinero no tiene la cara de aquel color... En fin, eso no es cuenta mía, sino de él... Nosotros preferimos no ganar más que cien sueldos y aprovecharnos bien de ellos.

Y el matrimonio se aprovechaba, en efecto. Habían tenido una hija al primer año de su casamiento. Los tres juntos regocijaban la vista. La casa prosperaba a más y mejor, sin demasiada fatiga, como Lisa deseaba. Ella había descartado cuidadosamente todos los motivos posibles

de preocupación, dejando fluir los días en medio de aquel ambiente graso, de aquella prosperidad pesada. Era un rincón en el cual el padre, la madre y la hija se habían puesto a cebar. Sólo Quénu tenía tristezas en ocasiones, cuando pensaba en su pobre Florencio. Hasta 1856 recibió cartas de él, de tarde en tarde. Después las cartas cesaron. Enteróse por un periódico de que tres deportados habían querido evadirse de la isla del Diablo y que se habían ahogado antes de llegar a la costa. En la prefectura de policía no supieron darle datos precisos; su hermano debia de haber muerto. No obstante, conservó alguna esperanza; pero pasaron meses. Florencio, que recorría la Guayana holandesa, se guardaba muy bien de escribir, a la espera siempre de regresar a Francia. Quénu acabó por llorarle como a un muerto al cual no se ha podido decir adiós. Lisa no conocía a Florencio. Sabía hallar frases muy consoladoras cada vez que su marido se desesperaba delante de ella; le dejaba referir por centésima vez recuerdos de infancia, la gran habitación de Royer-Collard, los treinta y seis oficios que había aprendido, las golosinas que guisaba en la sartén, vestido todo de blanco, al paso que Florencio iba vestido todo de negro. Lisa le escuchaba tranquilamente, con complacencias infinitas.

En medio de estos goces sabiamente cultivados y madurados, fué donde cayó Florencio, en una mañana de septiembre, a la hora en que Lisa tomaba su baño de sol matinal, y en que Quénu, con los ojos hinchados aún por el sueño, metía perezosamente los dedos en las grasas solidificadas de la víspera. La salchichería quedó trastornada por completo. Gavard quiso que ocultasen al "proscripto", como él le llamaba,

hinchando un poco los carrillos. Lisa, más pálida y grave que de ordinario, le hizo al fin subir al quinto piso, en donde le dió la habitación de la criada de la tienda. Quénu había cortado pan y jamón. Pero Florencio no pudo comer apenas; le asaltaban vértigos y le daban náuseas; se acostó y estuvo cinco días en el lecho, con gran delirio y un principio de fiebre cerebral, que fué felizmente combatido con energía. Cuando volvió en si, vió a Lisa a la cabecera de su cama, removiendo sin ruido una cuchara en una taza. Cuando quiso darle las gracias, le dijo Lisa que debia estar callado, que ya hablarían más tarde. Al cabo de tres días, el enfermo estuvo en pie. Entonces, una mañana, Quénu subió por él diciéndole que Lisa les esperaba, en el primer piso, en su alcoba.

Alli habitaba el matrimonio un pequeño cuartito, tres habitaciones y un gabinete. Había que atravesar una estancia desnuda, en la que no había más que sillas; después un saloncito, cuyo mobiliario, tapado con fundas blancas, dormia discretamente en la media luz de las persianas siempre cerradas, para que la claridad demasiado viva no se comiera el azul pálido del reps, y se llegaba a la alcoba, la única habitación habitada, con mobiliario de caoba, comodísima. El lecho, sobre todo, era sorprendente, con sus cuatro colchones, sus cuatro almohadas, sus espesuras de cobertores, su edredón, su ventrudo amodorramiento en el fondo de la húmeda alcoba. Era una cama hecha para dormir. El armario de luna, el tocador, cómoda, el velador cubierto por un encaje de ganchito, las sillas protegidas por cuadrados de blondas, colocaban allí un lujo casero limpio y sólido. Contra la pared de la izquierda, a ambos lados de la chimenea, adornada de macetas con paisajes montados en cobre, y de un reloj que representaba un Guttemberg pensativo, dorado todo y con el dedo apoyado sobre un libro, estaban colgados los retratos al óleo de Quénu y Lisa, en marcos ovalados, recargadísimos de adornos. Quénu sonreía; Lisa tenía aspecto correctísimo; los dos vestidos de negro y con el rostro lavado, desleido, de fluido rosa y de diseño adulador. Una alfombra de moqueta en que unos complicados rosetones estaban combinados con estrellas, ocultaba el pavimento. Delante del lecho se extendia una de esas alfombras de césped, hecha con largos hilos de lana rizados, obra de paciencia que había hecho en el mostrador la bella salchichería. Pero lo que causaba asombro, en medio de todas aquellas cosas nuevas, era un gran secreter, adosado a la pared de la derecha, cuadrado, robusto, que se había mandado rebarnizar sin poder reparar los desconchones del mármol, ni ocultar los arañazos de la caoba ennegrecida por la vejez. Lisa había querido conservar aquel mueble, del que se había servido el tío Gradelle durante más de cuarenta años; decía la joven que les llevaria la suerte. Verdaderamente, tenía herrajes terribles, una cerradura de calabozo, y era tan pesado, que no le podía mover del sitio.

Cuando entraron Florencio y Quenu, Lisa, sentada delante de la tablilla bajada del secreter, estaba escribiendo y alineando cifras, con una letra gruesa, redonda, muy legible. Hizo una seña a los dos hermanos para que no la distrajesen. Los dos hombres se sentaron. Florencio, soprendido, examinaba la habitación, los dos retratos, el reloj, la cama.

-Bueno-dijo por fin Lisa, después de comprobar con toda calma una página entera de cálculos.—Escúcheme usted... Tenemos que rendirle a usted cuentas, mi querido Florencio.

Era la primera vez que le llamaba de este modo. Tomó la página de los cálculos y continuó:

—Su tío Gradelle murió sin haber hecho testamento; ustedes, usted y su hermano, eran los dos únicos herederos... Hoy tenemos que entregarle a usted la parte que le corresponde.

-¡Si yo no pido nada!-exclamó Florencio.-

¡No quiero nada!

Quénu debía ignorar las intenciones de su esposa. Se había puesto un poco pálido, y la contemplaba con cierto aire de enojo. Verdaderamente, quería mucho a su hermano; pero era inútil tirarle de aquel modo a la cabeza la herencia de su tío. Más tarde hubieran visto.

—Sé muy bien, mi querido Florencio, que no ha vuelto usted para reclamarnos lo que le pertenece. Sólo que... los negocios son negocios, y es preferible acabar de una vez... Las economías de su tío de usted ascendían a ochenta y cinco mil francos. Por consiguiente, ha pasado a la cuenta de usted cuarenta y dos mil quinientos francos. Aquí los tiene usted apuntados.

Y le mostró la cantidad en la hoja de papel.

—Desgraciadamente, no es tan fácil el evaluar la tienda, el material, las mercancias, la parroquia. No he podido poner más que cantidades aproximadas; pero creo haberlo contado todo, y muy por lo largo... He llegado a un total de quince mil trescientos diez francos, que compone para usted siete mil seiscientos cincuenta y cinco francos; unidos a los otros, suman cincuenta mil ciento cincuenta y cinco francos... Usted lo comprobará, ¿no es cierto?

Había dicho las cifras con voz limpia, y tendía

a Florencio la hoja de papel, que el joven tuvo que tomar.

—Pero—exclamó Quénu,—la salchichería del viejo no valió quince mil francos en su vida. ¡Yo no hubiera dado ni diez mil siquiera!

Su mujer había acabado por exasperarle. No hay que llevar la honradez hasta un extremo semejante. ¿Acaso Florencio le hablaba de la salchichería? Por otra parte, su hermano no quería nada, así lo acababa de decir.

—La salchichería valía quince mil trescientos diez francos—repitió con toda tranquilidad Lisa.
—Ya comprenderá usted, mi querido Florencio, que es inútil que hagamos intervenir en esto a un notario. Es cosa que nos atañe a nosotros el hacer el reparto, puesto que usted ha resucitado... Desde su llegada he pensado necesariamente en todo esto, y mientras estaba usted allá arriba, con la calentura, he procurado formar esta especie de inventario, lo mejor que he podido... Véalo usted; todo está detallado en él... He repasado nuestros antiguos libros, he hecho un llamamiento a mis recuerdos... Lea usted en voz alta, y yo le daré todos los datos que pueda usted desear.

Florencio había acabado por sonreir. Se sentía conmovido por aquella probidad tranquila y como natural. Colocó la página de cálculos sobre las rodillas de la joven, y después, tomándole la mano:

—Mi querida Lisa—le dijo,—estoy muy satisfecho de ver que marchan tan bien los negocios; pero no quiero el dinero. La herencia pertenece a mi hermano y a usted, que han cuidado del tío hasta sus últimos momentos... Yo no necesito nada y no quiero perturbar a ustedes en su comercio.

Lisa insistió y hasta llegó a enfadarse, en tan-

to que, sin hablar, conteniéndose, Quénu se mordia los pulgares.

—¡Oh!—prosiguió Florencio echándose a reir.
—Si el tío Gradelle la oyese a usted, muy capaz sería de volver a quitarles a ustedes su dinero...
No me quería mucho el tío Gradelle...

—¡Oh, no! en cuanto a eso, tienes razón, no te quería gran cosa—murmuró Quénu, a punto de estallar.

Pero Lisa seguia discutiendo. Decía que no quería tener en su secreter dinero que no fuese suyo, que esto la embarazaria, que no podría vivir tranquila en adelante con aquel pensamiento. Entonces Florencio, continuando con las bromas, la ofreció colocar el dinero en su casa, en su salchichería. Por otra parte, no era que rechazase sus servicios; sin duda no encontraría trabajo de golpe y porrazo; además, no estaba presentable ni con mucho, y le haría falta un traje completo.

—¡Pardiez! — exclamó Quénu, — dormirás en nuestra casa, comerás aquí, y nosotros te compraremos en seguida lo necesario. Es cosa hecha... Ya sabes tú que no te vamos a dejar en el arroyo, ¡qué diablo!

Sentíase enternecidisimo. Hasta experimentaba cierta vergüenza por haber tenido miedo de dar, de una sola vez, una cantidad importante. Dió con algunas bromas; dijo a su hermano que él se encargaba de ponerle gordo. Florencio movía dulcemente la cabeza. Entretanto, Lisa doblaba la página de sus cálculos. Después, la guardó en uno de los cajones del secreter.

—Hace usted muy mal, Florencio—dijo como para terminar.—Yo he hecho lo que debia hacer. Ahora, sea como usted quiera... Yo, compréndalo usted, no hubiera podido vivir sosegada. Los malos pensamientos me molestan demasiado.

Hablaron de otra cosa. Era necesario que se explicase la presencia de Florencio, evitando dar que sospechar a la policía. El deportado les dijo que había regresado a Francia, gracias a los documentos de un pobre diablo, que había muerto entre sus brazos de la fiebre amarilla, en Surinam. Por una coincidencia singular, aquel muchacho se llamaba también Florencio, como él. Florencio Laquerriere no había dejado en Paris más que una prima, cuya muerte le habían participado hallándose en América; nada era más fácil que representar el papel del muerto. Lisa se ofreció en persona a figurar como su prima. Quedó convenido que se contaría una historia de un primo que había regresado del extranjero, después de algunas tentativas desgraciadas, y que había sído recogido por los Quénu-Grandelle, como llamaban al matrimonio en el barrio, a la espera de que pudiese hallar un modo de vivir. Cuando todo estuvo combinado, Quénu quiso que su hermano visitara sus habitaciones. No le perdonó ni siquiera un taburete. En la habitación desalhajada, en la que no había más que sillas, Lisa empujó una puerta y le mostró un gabinete, diciendo que la criada de la tienda dormiria alli, y que Florencio conservaría para sí la habitación del quinto piso.

Por la tarde, Florencio estaba vestido de nuevo de pies a cabeza. Se había empeñado en comprarse otra vez un gabán y un pantalón negros, a pesar de los consejos de Quénu, a quien tal color entristecía. No lo tuvieron más tiempo escondido, y Lisa contó a quien quiso oirla la historia del primo. Florencio vivía en la salchichería, se quedaba abstraído en una silla de la cocina y se levantaba tan sólo para recostarse contra los mármoles de la tienda. En la mesa, Quénu le atibo-

rraba de alimentos, y se incomodaba porque era poco comedor y porque dejaba la mitad de los manjares de que le llenaban los platos. Lisa había recobrado sus ademanes lentos y dichosos; toleraba a Florencio, hasta por la mañana, cuando estorbaba el servicio; le olvidaba, y después, al encontrarle de nuevo frente a frente, vestido completamente de negro, sentía un ligero sobresalto, y hallaba, no obstante, una de sus hermosas sonrisas, para no ofenderle. El desinterés de aquel hombre tan flaco la había conmovido, y sentía por él una especie de respeto, mezclado a un temor indefinido. Florencio no veía en torno nada más que un gran cariño.

A la hora de acostarse, subía Florencio, algo cansado de su vacia jornada, con los dos mancebos de la salchicheria, que ocupaban sendas guardillas contiguas a la suya. El aprendiz, León, no tenía mucho más de quince años; era un niño, delgado, con aspecto de dulzura, que robaba los desperdicios de jamón y los cabos olvidados de los salchichones; los ocultaba bajo la almohada, y por la noche se los comía, sin pan. Varias veces creyó Florencio comprender que León daba de cenar a alguien, a cosa de la una de la mañana; euchicheaban voces reprimidas, y después se oian ruidos de quijadas, papeles que se arrugan; y se escuchaba una risita perlada, una risa de golfilla que parecía un trino de flautín dulcificado, en el gran silencio de la casa adormecida.

El otro mancebo, Augusto Landois, era de Troyes; gordo con grasa mala, la cabeza demasiado gruesa, y calvo ya, no tenía más que veintiocho años. La primera noche, al subir, refirió su historia a Florencio, de una manera algo confusa. Al principio, había venido a Paris para perfeccionarse y volver a Troyes a abrir una salchichería;

en Troyes le esperaba una prima hermana suva, Agustina Landois. Habían tenido el mismo padrino y llevaban el mismo nombre. Después le entró la ambición y pensó en establecerse en Paris, con la herencia de su madre, que había depositado en casa de un notario antes de salir de la Champagne. Cuando llegaron al quinto piso, Augusto retuvo a Florencio, hablándole muy bien de madame Quénu. Esta había accedido a hacer venir a Agustina Landois para reemplazar a una criadita que había salido una mala cabeza. El sabía ya un oficio ahora; ella acababa de aprender el comercio. Dentro de un año, de diez y ocho meses, se casarían; tendrían una salchichería sin duda en Plaisance, en algún extremo populoso de París. No tenían ninguna prisa por casarse, porque la manteca no valia la pena aquel año. Le contó además que se habían hecho retratar juntos, en una fiesta de Saint-Ouen. Entonces entró en la guardilla, deseoso de ver nuevamente la fotografía, que él había creido no deber quitar de la chimenea, para que el primo de madame Quénu tuviera una habitación bonita. Se abstrajo un instante, lívido a la amarilla luz de su palmatoria, contemplando la estancia, llena aún por completo de la joven, acercándose al lecho y preguntando a Florencio si le parecía buena la cama. Ella, Agustina, dormía abajo ahora; estaría mejor, porque las guardillas son muy frias en invierno. Por fin se fué, dejando a Florencio solo con el lecho y frente a la fotografía. Augusto era un Quénu pálido. Agustina una Lisa no madura.

Florencio, amigo de los mancebos, mimado por su hermano, aceptado por Lisa, acabó por aburrirse soberanamente. Había buscado lecciones sin poder encontrarlas. Por otra parte, evitaba pasar por el barrio de las Escuelas, en donde temía ser conocido. Lisa, dulcemente, le decía que haría bien en dirigirse a las casas de comercio; podía llevar la correspondencia, encargarse de los libros. La joven volvía siempre a esta idea, y acabó por ofrecerse a encontrarle una colocación. Poco a poco, se iba enfadando por hallarle sin cesar en su camino, ocioso, sin saber qué hacer con su cuerpo. Al principio, no fué nada más que el odio razonado a las personas que se cruzan de brazos y que comen, pero sin pensar todavía en reprocharle que comía en su casa. Deciale:

—Yo no podría vivir todo el santo día de mano sobre mano. No debe usted de tener apetito de noche... Tiene usted que cansarse, compréndalo.

Gavard, por su parte, buscaba una colocación para Florencio. Pero la buscaba de una manera extraordinaria y completamente subterránea. Hubiera querido encontrar algún empleo dramático, o sencillamente de amarga ironia, que conviniese "a un proscrito". Gavard era un hombre de oposición. Acababa de trasponer los diez lustros, y va se vanagloriaba de haber profetizado su suerte a cuatro gobiernos. Carlos X, los curas, los nobles, toda aquella chusma a quien había puesto de patitas en la calle, le hacía todavía encogerse de hombros; Luis Felipe era un imbécil, con sus burgueses; y contaba la anécdota de las medias de lana, en las cuales el rey ciudadano escondia las monedas de dos sueldos; en cuanto a la república del 48, era una farsa; los obreros se habian equivocado; pero Gavard no confesaba ya que había aplaudido el 2 de diciembre, porque, a la sazón, miraba a Napoleón III como a su enemigo personal; un canalla que se encerraba con Morny y los otros para hacer "porquerías". Sobre este capítulo, Gavard no se agotaba nunca; bajaba un poco la voz, y afirmaba que todas las noches unos coches cerrados llevaban mujeres a las Tullerías, y que él, Gavard, el mismo que viste y calza, había oído una noche, desde la plaza del Carousel, el estrépito de la orgía. La religión de Gavard era la de ser lo más desagradable posible al gobierno. Haciale jugarretas atroces, de las que se reía por dentro durante meses enteros. Primero, votaba por el candidato que había de "jorobar a los ministros" en el Cuerpo legislativo. Después, si podía robar al fisco, poner en jaque a la policía, mover alguna trapatiesa, trabajaba porque la aventura resultara "muy insurreccional". Por otra parte, mentia como un condenado, se las echaba de hombre peligroso, hablando como si la "escoria de las Tullerías" le hubiese conocido y temblado ante él; decía que era menester guillotinar a la mitad de aquellos granujas y deportar a la otra mitad "en la próxima tremolina". Toda su política charlatana y violenta se nutría con habladurías de toda especie, con cuentos que hacían dormir, con esa necesidad chocarrera de bullicio y de picardías que impulsan a un tendero parisiense, en un día de barricadas, a abrir los postigos de su tienda para ver los muertos. De manera que, cuando Florencio volvió de Cayena, olfateó Gavard una treta abominable, buscando de qué modo, singularmente espiritual, iba a poder burlarse del emperador, del ministerio, de los hombres que estaban en candelero, hasta del último agente de policía.

La actitud de Gavard ante Florencio estaba impregnada de una alegría prohibida. Le acariciaba con los ojos entornados, le hablaba en voz baja para decirle las cosas más sencillas y tontas del mundo, ponía en sus apretones de manos masónicas confidencias. Por fin había logrado hallar una aventura; tenía un camarada realmente comprometido; podía, sin mentir con exceso de descaro, hablar de los peligros que corría. Y ciertamente, experimentaba un temor no confesado en presencia de aquel muchacho que volvía de la deportación y cuya delgadez decía largos padecimientos; pero aquel temor delicioso le hacía verse más grande, le persuadía de que realizaba una acción asombrosa en grado sumo al acoger como amigo a un hombre de los más peligrosos. Florencio se convirtió en sagrado para él; no juró más que por Florencio; nombraba a Florencio cuando los argumentos le faltaban, y cuando quería aplastar al gobierno de una vez para siempre.

Gavard había perdido a su mujer, en la calle de Saint-Jacques, pocos meses después del golpe de Estado. Conservó la pollería hasta 1856. En dicha época corrió el rumor de que había ganado sumas considerables asociándose con un droguero vecino suvo, encargado de la contrata de legumbres secas para el ejército de Oriente. La verdad fué que, después de haber vendido la polleria, Gavard vivió de sus rentas por espacio de un año. Pero no le gustaba hablar del origen de su fortuna. Aquello le molestaba, le impedia decir monda y lironda su opinión sobre la guerra de Crimea, que tachaba de expedición aventurera "hecha únicamente para consolidar el trono y llenar ciertos bolsillos". Al cabo de un año, se aburrió de un modo mortal en su aposento de soltero. Como iba a visitar a los Quénu-Gradelle casi diariamente, se acercó a ellos y fué a vivir a la calle de la Cossonnerie. Alli fué donde le sedujeron los mercados, con su estrépito, con sus enormes comadrazgos. Se dedicó a alquilar un puesto en el pabellón de las aves, únicamente por distraerse, para llenar sus vacios dias con la al-

garabía del mercado. Entonces vivió en medio de chismorreos sin fin, al corriente de los menores escándalos del barrio, con la cabeza zumbante por el continuo berrear de voces que le rodeaba. Alli gustaba mil alegrias cosquilleantes, dichosisimo, hallándose por fin en su elemento y hundiéndose en él con voluptuosidades de carpa nadando al sol. Florencio iba a veces a su tienda a estrecharle la mano. El comenzar de las tardes era aún muy cálido. A lo largo de los estrechos andenes, las mujeres, sentadas, desplumaban los volátiles. Rayas del sol caían entre los toldos levantados; volaban plumas bajo los dedos, semejantes a una nieve danzante en el aire inflamado, en el polvo de oro de los rayos. Llamadas, una sucesión de ofertas y de caricias seguían a Florencio. "¿Un pato hermoso, señor?"-"Venga usted aqui." - "Tengo pollos mucho más gordos."-"Señor, señor, cómpreme usted este par de pichones." Florencio se desprendia de ellas, molesto, aturdido. Las mujeres seguian desplumando y disputándoselo, y vuelos de finas plumas caían, sofocándole como una humareda, que parecía más calentada y espesa aún por el olor fuerte de las aves. Por fin, en medio del andén, cerca de las fuentes, Florencio encontraba a Gavard en mangas de camisa, con los brazos cruzados sobre el peto de su delantal azul, y perorando delante de su tienda. Allí Gavard reinaba, con gesto de buen principe, en medio de un grupo de diez o doce mujeres. Era el único hombre del mercado. Y tenía la lengua larga en tal medida, que después de haberse peleado con las cinco o seis mozas que tenía sucesivamente para estar en la tienda, se decidió a vender su mercancia por si mismo, diciendo ingenuamente que aquellas pécoras pasaban todo el santo día chismorreando y que no podía hacer carrera con ellas. No obstante, como era necesario que alguien cuidase del puesto cuando él se ausentaba, recogió a Marjolin que merodeaba por aquellos barrios, después de haber probado todos los pequeños oficios de los Mercados. Y Florencio permanecia a veces una hora con Gavar maravillado de su inagotable chismografia, de su cuadratura y de la soltura de sus modales en medio de todas aquellas faldas, cortando la palabra a una, peleándose con otra, a diez tiendas de distancia, arrancando un parroquiano a una tercera y haciendo él solo más ruido que las ciento y pico de charlatanas vecinas suyas, cuyo clamor repercutía en las planchas de hierro fundido del pabellón, sacudiéndolas con un estremecimiento sonoro de tan-tán.

El comerciante en volátiles no tenía, por toda familia, más que una cuñada y una sobrina. Cuando murió su mujer, la hermana mayor de ésta, madame Lecœur, que se había quedado viuda hacía un año, la lloró de un modo exagerado, vendo casi cada noche a llevar sus consuelos al desgraciado marido. Debió de alimentar, por aquella época, el provecto de agradarle v de tomar el puesto caliente aún de la difunta. Pero Gavard detestaba a las mujeres flacas; decía que le daba pena el sentir los huesos debajo de la piel; nunca acariciaba más que a los perros y a los gatos muy gordos, gozando una satisfacción personalisima al palpar los espinazos redondos y bien nutridos. Madame Lecœur, ofendida, furiosa al ver que se le escapaban las monedas de cien sueldos del pollero, fué almacenando un rencor mortal. Su cuñado fué el enemigo al cual consagró todas sus horas. Cuando le vió establecerse en los Mercados, a dos pasos del pabellón en que

ella vendía mantequilla, quesos y huevos, le acusó de haber "inventado aquello para darle en los hocicos y llevarle la mala pata". Desde entonces se lamentó, se puso más amarilla todavía, v se consumió por dentro de tal manera, que acabó realmente por perder la parroquia y hacer malos negocios. Había tenido mucho tiempo a su lado a la hija de una de sus hermanas, una aldeana que le envió a la niña sin preocuparse nunca más por ella. La niña creció en medio de los Mercados. Como el apellido de su familia era Sarriet, muy pronto no la llamaron más que la Sarriette. A los diez y seis años, la Sarriette era una bigardona tan descarada, que muchos señores iban a comprar quesos solamente por verla. Ella no quiso a los señores; era populachera, con su rostro pálido de virgen morena y sus ojos que ardían como tizones. Escogió a un mandadero, un muchacho de Ménilmontant que hacía los mandados de su tia. Cuando, a los veinte años, se estableció como vendedora de frutas, con algunos fondos cuyo origen no se conoció bien nunca, su amante, a quien llamaban el señor Julio, comenzó a cuidarse las manos, no llevó más que blusas limpias y una gorrilla de terciopelo, y solamente fué a los Mercados por la tarde, en zapatillas. Vivían juntos, en la calle de Vanvilliers, en el tercer piso de una gran casa, cuyos bajos ocupaba un mezquino café. La ingratitud de la Sarriette acabó de agriar a madame Lecœur, que la trataba con furor y con palabras inmundas. Se pelearon, la tía exasperada, la sobrina inventando con el señor Julio historias que iba a referir al pabellón de las mantequillas. A Gavard le hacía gracia la Sarriette; mostrábase lleno de indulgencia hacia ella y le daba golpecitos en las

mejillas cuando la encontraba; la joven era gordinflona y exquisita de carnes.

Una tarde, cuando Florencio estaba sentado en la salchichería, cansado de los inútiles correteos que había hecho por la mañana en busca de una colocación, entró Marjolin. Este muchacho, de espesor y de dulzura flamencas, era el protegido de Lisa. Decía ésta que no era malo, que era algo tonto, de fuerzas de caballo, y además interesante en grado superlativo, porque no se le conocía padre ni madre. Era ella la que le había colocado en casa de Gavard.

Lisa estaba en el mostrador, enojada al ver los zapatos llenos de barro de Florencio, que manchaban el enlosado blanco y rosa. Dos veces se había levantado ya para echar aserrín por la tienda. La joven sonrió a Marjolin.

-El señor Gavar-dijo el joven-me manda a que pida a usted...

Se detuvo y miró alrededor, bajando la voz; después prosiguió:

—Me ha encargado mucho que esperase a que no hubiera nadie, y que le repitiera a usted estas palabras, que me ha hecho aprender de memoria: "Pregúntales si no hay ningún peligro, y si puedo ir a hablar con ellos de lo que ya saben".

—Di al señor Gavard que le esperamos—respondió Lisa, acostumbrada a los misteriosos procederes del comerciante de aves.

Pero Marjolin no se fué; se quedaba como en éxtasis delante de la hermosa salchichera, con aspecto de zalamera sumisión. Como conmovida por aquella adoración muda, prosiguió Lisa:

—¿Estás contento en casa del señor Gavard? No es mal hombre, y harás muy bien en tenerle satisfecho.

-Si, señora Lisa.

EL VIENTRE DE PARÍS.—7